

Mujeres y diosas en el Mediterráneo antiguo



PAOLA ANGELI BERNARDINI

MUJERES Y DIOSAS
EN EL MEDITERRÁNEO
ANTIGUO



Título original: *Donne e dee nel Mediterraneo antico*

© 2022 by Società editrice il Mulino, Bologna

© De la presente edición: Editorial Melusina, s.L.
www.melusina.com

© De la traducción del italiano: Blanca Gago Domínguez
Primera edición: octubre de 2022

Diseño de cubierta: Araceli Segura

Imagen de cubierta: *Galatea, 1819*, Giuseppe Bezzuoli

© NPL - DeA Picture Library / Bridgeman Images

Reservados todos los derechos de esta edición

Fotocomposición: Carolina Hernández Terrazas

ISBN: 978-84-18403-61-3

Depósito legal: TF.490-2022

Impresión: Estugraf S.L.

Impreso en España

CONTENIDO

Introducción II

PRIMERA PARTE: EL RELATO

- I. En los fondos marinos: diosas, nereidas y seres monstruosos 35
- II. Divinidades itinerantes en el Mediterráneo 47
- III. Dos señoras del mar: la maga y la ninfa 57
- IV. Codiciadas y perseguidas por un dios entre las olas 61
- V. El *Mare nostrum* y las parejas célebres 73
- VI. La muerte en el mar 93
- VII. Femicidios frustrados, rescates milagrosos y amores correspondidos 101
- VIII. Enfrentarse al mar en grupo 107
- IX. A merced de las olas 115
- X. El mar, las mujeres y la guerra 127
- XI. Pasiones y traiciones a bordo 135

SEGUNDA PARTE: LA REALIDAD

- XII. Mujeres poderosas a lo largo y ancho de las dos orillas 147
- XIII. Las consecuencias de los colonos y los flujos migratorios 157

xiv. Nodrizas, siervas y esclavas de viaje	165
xv. Prostitutas, comerciantes y mujeres del espectáculo	173
Notas	185
Referencias bibliográficas	197

Para Paolo

Introducción

Reconstruir los aspectos más importantes de la vida de los antiguos griegos y los pueblos que vivían asomados al Mediterráneo supone también considerar la presencia del elemento femenino en las aguas de este mar tan importante. Una presencia que ni es escasa ni tiene poco que contar, como prefería creerse hasta hace unas décadas, desde la perspectiva de la confrontación con la fuerte y predominante incidencia del elemento masculino.

Las reflexiones sobre la movilidad femenina en la Antigua Grecia suelen venir acompañadas, tanto en los autores antiguos como en los historiadores modernos —que siguen el rastro de los primeros—, de la convicción de que, en este período, el estatus social de la mujer se basaba en el retiro y la reclusión, y tenía lugar en el interior del *oikos*, más que en las estructuras urbanas. Odiseo viaja, cruza los mares y afronta peligros y aventuras, mientras que Penélope se queda en casa esperando. Odiseo actúa en primera persona y Penélope escucha los relatos. En la *Odisea*, Homero presenta los prototipos de dos actitudes opuestas de índole humana, pero cabe preguntarse en qué medida influyen, en esas actitudes determinadas por el género masculino o femenino, factores como la componente antropológica, la influencia social, el origen étnico o el contexto económico.

¿Pueden considerarse ambos casos ejemplos de las respectivas tendencias de los géneros al movimiento y la estancialidad (o ten-

dencia a permanecer en un lugar fijo)? La respuesta no es sencilla y las variables son numerosas, y no siempre vinculadas a la pertenencia de género. La fuerza física y la potencialidad del cuerpo tienen un peso innegable en las costumbres vitales y las elecciones de movimiento y acción. Las mujeres, según se ha dicho siempre, son menos resistentes a las fatigas y molestias de los viajes y desplazamientos, sobre todo marítimos. Sin embargo, existen otras causas que intervienen a la hora de distinguir el comportamiento masculino del femenino con respecto a la movilidad. Los usos y costumbres, las reglas sociales y los prejuicios influyen en el comportamiento del ser humano, contribuyendo a crear y reforzar divisiones y abismos. Así, cuando un pensamiento arraiga en el trascurso de los siglos y se impone una teoría, tal vez por comodidad, que opera a partir de adeptos en su mayoría masculinos, no resulta nada fácil desterrar las convicciones aceptadas y heredadas.

Es muy común sostener que, en la Antigüedad, las mujeres griegas y de las regiones a la orilla del Mediterráneo no participaban en la vida que tenía lugar en el mar y por toda la costa, pues preferían la seguridad de las paredes domésticas. La escasez de fuentes arqueológicas, epigráficas y literarias en torno a la relación entre la mujer y el mar podría confirmar, en un principio, esa realidad. Pero si decidimos indagar en ello de un modo más preciso e interdisciplinario y, sobre todo, realizamos una exégesis capaz de conjugar el preciado testimonio de los textos literarios —en nuestro caso, preferiblemente griegos— con los datos de la historia y la geografía antropológica y cultural, así como del arte, podremos descubrir una serie de posturas mucho menos drásticas que nos conducen a reflexiones y perspectivas tan útiles como novedosas. Las heroínas del mito vinculan sus peripecias a las olas capaces de llevarlas a la salvación o el naufragio. Son, casi siempre, vivencias amorosas gobernadas por Afrodita, la diosa nacida del mar que rige las pasiones eróticas y los impulsos sexuales, cuyo trasfondo se sitúa en la superficie marítima.

La idea del amor omnipresente en las aguas del Egeo resulta tan atractiva como intrigante, pero el mito y sus historias contienen una variedad de emociones, dolores y matices dramáticos que no siempre pueden reconducirse hacia las pasiones eróticas. En cuanto a la esfera

del lenguaje poético, si bien el mar desempeña un papel importante y decisivo en el léxico amoroso, no deben por ello infravalorarse otros ámbitos —político, económico, compositivo o deportivo, por ejemplo— donde el uso metafórico e imaginativo de la terminología procedente del mar tiene una influencia significativa.

En el ámbito del mito y la realidad histórica de la Antigua Grecia, emergen roles y situaciones inesperados, y a veces sorprendentes, en torno a la mujer, como vivencias biográficas, aventuras, pasiones o tragedias, no solo amorosas, que se consuman entre las olas de un mar ya hospitalario, ya profundamente hostil. Un Mediterráneo, por tanto, que funciona como encrucijada de encuentros e intercambios entre personas y culturas, como inmenso acervo de historias y relatos, como lugar de descubrimientos, desventuras y prodigios que contempla a las mujeres no como seres aislados y reclusos, sino presentes y partícipes, si bien es cierto que en distinta y gradual medida. En el presente trabajo, todo el material disponible —textos literarios, documentos arqueológicos, reconstrucciones antropológicas, etc.— se abordará en femenino. Las mujeres serán las protagonistas elegidas para hacer un viaje a través del mito, la religión y las creencias, así como de la realidad cotidiana, en un panorama de lugares identificados y reconocidos o bien desconocidos aún a día de hoy. De ahí la atención que hemos prestado a la geografía del Mediterráneo en cuanto que región colectiva, a la vez que conjunto de mares diversos de Oriente y Occidente, cada uno con su propia configuración: cerrado como el mar Negro; puente entre Grecia y Asia Menor, como el mar Egeo; corredor de unión, como el mar Jónico; canal entre Iliria e Italia, como el mar Adriático; acceso a Occidente, como el mar de Sicilia; o puerta hacia Etruria y Roma, como el mar Tirreno.

En realidad, el Mediterráneo antiguo era un lugar de intercambio, interacción y contaminación. En el centro estaba Grecia, península abierta al mar de litorales abruptos, puertos y refugios estratégicos y mil y una islas; punto de partida del comercio y la colonización hacia el este y el oeste. Las columnas de Heracles al oeste, el Helesponto al este, el continente africano al sur y las regiones/penínsulas como Italia e Iberia, que cierran el Mediterráneo por

el norte y el noroeste, adentrándose en el mar, hacen de este una gran cuenca que, desde la Antigüedad, las embarcaciones recorrían de un extremo a otro en busca de aventuras o para comerciar, fundar colonias, librar batallas, entregarse a la piratería, hacer peregrinajes, etc. Se trata de una continua afluencia de embarcaciones y hombres de etnias diversas. Lo que hoy en día asombra y constituye para nosotros una visión unitaria y global del Mediterráneo fácilmente perceptible y favorecida por muchos años de investigación y por la tecnología avanzada que facilita la interdisciplinariedad y fomenta la visión simultánea, en el mundo antiguo no era extraña al imaginario de los griegos, primero, y de los romanos, después. Estos, de hecho, consideraban el *Mare nostrum* un área compartida. En pleno siglo VI a. C., Anaximandro de Mileto, en su famoso *pinax*, representa el Mediterráneo como una región rodeada de tierra, a su vez circundada a su alrededor por el océano. En el *Fedón*, la imagen platónica del Mediterráneo como un gran lago en torno al cual se sitúan los hombres como ranas u hormigas alrededor de un estanque¹ nos da la medida de un lugar que, según las precisiones de Sócrates, está circunscrito, puede atravesarse² y se extiende «de Fasis a las columnas de Heracles».

Sin embargo, nuestra representación de la región del Mediterráneo, fundamentada sobre todo en las fuentes griegas y latinas, no debe eludir las contribuciones de otras culturas —como las de Egipto, Mesopotamia, Fenicia, Siria, Libia o Misia, por mencionar solo algunas— que brillan con luz propia en el vasto anfiteatro y, como ha señalado muy oportunamente Irad Malkin,³ han tenido una gran relevancia en su historia. El hecho de haber privilegiado las fuentes griegas en nuestra reconstrucción y de que, de entre todos los marinos comprometidos con las aguas del Mediterráneo y arribados a sus orillas, que a veces llegan a adentrarse en las tierras interiores, nuestros favoritos sean los helenos, resulta, pues, previsible, dada nuestra mayor consideración hacia este pueblo, su historia y su cultura.

La novedad, en este caso, reside en que, contrariamente a las costumbres pasadas, atenderemos no solo a los héroes y sus historias, amorosas o de otra índole, sobre navegantes, timoneles, comandantes de flota y navarcos, sino también —y podríamos decir,

sobre todo— a las figuras femeninas, ya sean heroínas míticas (*he-roïdes*), personajes presentes en el arte y la literatura o mujeres activas en la realidad más cotidiana. Se trata así de ofrecer una movilidad en un sentido real y concreto, no en sentido metafórico, como en la consabida afirmación «*la donna è mobile*», que se refiere al carácter mutable de la fémina. Por mucho que los antiguos consideraran el *Mare internum* un lugar definido y delimitado donde se desempeñaba una intensa actividad masculina forjada en la navegación, la pesca, los intercambios, el comercio, las iniciativas bélicas, los actos de valor o los latrocinios, las mujeres no están ausentes de esa historia. Eso sí, son mujeres especiales que afrontaban los peligros del viaje y las fatigas de la navegación en situaciones, cuando menos, excepcionales y con un propósito muy determinado.⁴

El mito nos ofrece la imagen de las heroínas que viven historias intensas, a menudo eróticas —cosa, en verdad, muy cierta—, que recorren el mar (*thalassa*) en toda su extensión y que son objeto de deseo por parte de dioses y hombres, víctimas de raptos y violencia. A nado o a lomos de distintos animales, atraviesan las aguas perseguidas y violadas, pero también, en ciertos casos, protegidas y amparadas. Son heroínas que, tras el rapto y la travesía —incluso subacuática—, acuden al encuentro de un destino extremadamente agitado, como los de Io y Europa, progenitoras de descendencias ilustres (*aristogònoi*). Esta función es muy importante, pues caracteriza la finalidad genealógica de muchas historias en las que se incluye.⁵ La otra posibilidad nos brinda a una serie de heroínas obligadas a subir a bordo de una embarcación (nave, barca, arcón, etc.) por la fuerza y la opresión para afrontar una suerte desconocida, repleta de peligros e incógnitas.

La religión griega —así como la egipcia, fenicia o mesopotámica— confirma esta movilidad del género femenino a través de las aguas marinas: una movilidad realizada en el ámbito divino y vinculada a diosas individuales, grupos de divinidades, criaturas femeninas prodigiosas, figuras monstruosas, sacerdotisas o ministras de culto. Podemos encontrar diosas itinerantes en otras zonas del Mediterráneo, y por tanto no helenísticas, que se desplazan siguiendo itinerarios más o menos complejos para llegar —tal y como veremos

en el capítulo II— de sus respectivas regiones de procedencia a Grecia, la Magna Grecia y las costas de los mares Tirreno y Adriático. En estas regiones existe una forma de sincretismo que sitúa a estas divinidades foráneas en el panteón helénico y, más tarde, en el etrusco y romano. Mediante un lento proceso de interconexiones, fusiones y asimilaciones entre divinidades, ya sean femeninas o masculinas, se afianza ese fenómeno de interacciones euromediterráneas que, a partir de la época arcaica, puede observarse en la religión de los pueblos asentados en las orillas. Se trata de «encuentros entre divinidades pertenecientes al mismo sistema cultural», pero también de «encuentros entre divinidades pertenecientes a sistemas culturales diferentes», como es el caso, en el panteón helénico, de la identificación entre la diosa Afrodita y la diosa semítica Astarté, entre Heracles y el Melkart de Tiro, entre Heracles y Sandon o Sandas, una de las divinidades de Tarso en Sicilia, o entre Dioniso y Osiris.⁶

Por la costa africana del Mediterráneo se mueve Isis, diosa de la fertilidad y la maternidad en el Antiguo Egipto, hermana y esposa de Osiris. De esta unión nace Horus, a quien, según Heródoto,⁷ los griegos llamaban Apolo. Isis es la diosa itinerante del Mediterráneo por antonomasia, la que se desplaza a lo largo y ancho de toda la cuenca. Inventa la vela y, cruzando los mares, va en busca de su hijo, nacido de la unión póstuma con su hermano y marido Osiris. En el ámbito griego, la diosa también goza de la epiclesis Euploia («la que brinda una buena navegación»). La epiclesis es una especie de sobrenombre, como tendremos ocasión de ver enseguida. La opereta pseudoplutárquica *Isis et Osiris*,⁸ que narra la biografía de la diosa a grandes rasgos, destaca notablemente su relación con las aguas marinas.

Astarté, gran divinidad fenicia y púnica del primer milenio a. C., emigra desde Sidón, la ciudad más antigua de Fenicia, hasta el monte Erice, en la Sicilia noroccidental. Su figura revela el vínculo y la superposición de varios aspectos de lo divino en las diversas civilizaciones antiguas, donde desempeña un papel protagonista. Atraviesa la cuenca mediterránea y penetra en las culturas de Mesopotamia y Egipto, así como en las colonias fenicias de Occidente (Sicilia). Tucídides⁹ otorga a la diosa local de Erice, en Sicilia, el nombre de Afrodita, pero todas las inscripciones del lugar se refieren a Astarté.

Virgilio¹⁰ sitúa en Erice la presencia de los troyanos, conducidos por Eneas, y recuerda el templo de Venus allí edificado. La diosa del lugar (Astarté/Afrodita/la cuarta Venus) también se traslada a Roma, donde le está reservado un culto específico.

Así pues, en el patrimonio mítico y el ámbito religioso, el elemento femenino no era extraño al impulso que circulaba del interior al exterior; bien al contrario, era una parte viva no solo del tráfico divino en las aguas del Mediterráneo, sino también de las posibles conexiones y consonancias entre cultos divinos y heroicos muy distantes. Diosas, heroínas, sacerdotisas y ministras de culto se erigían en protagonistas de intrépidos viajes, defensoras de contactos diversos o portadoras activas de reliquias, estatuas, objetos sagrados (*athyrmata*) y rituales. Junto a esas figuras femeninas, ligadas por nacimiento y posición al universo divino y religioso y pilares de la consolidación de la *idée de convergence*, por el panteón mediterráneo se mueven una serie de heroínas presentes en el mito, de naturaleza humana aunque descendientes de una divinidad y un ser mortal. Con todo, mantienen una estrecha relación con el ambiente divino, aspecto del cual derivan ventajas y desventajas. En torno al siglo v a. C., en la literatura griega aparece el término *heroine*,¹¹ que seguirá empleándose en la época helenística (Teócrito, Calímaco) junto al más común *herois*.

FIGURAS FEMENINAS EN EL MAR Y TRADICIÓN POÉTICA

Es natural que las protagonistas —ya sean diosas o heroínas— de las historias ambientadas en el escenario marítimo, presentes en la tradición mítica más antigua e integradas en el folclore local, hayan suscitado el interés de los cantores y poetas griegos desde el surgimiento de las primeras formas y manifestaciones poéticas. Sus vivencias han sido objeto de narraciones épicas y líricas, así como de representaciones teatrales, a partir de Homero, desde la épica menor hasta los poetas corales y los poetas trágicos. En fin, la literatura griega de las épocas arcaica y clásica —por fijar un límite cronológico atendiendo a razones exclusivamente prácticas— presenta una *summa* de divini-

dades, personajes femeninos y situaciones concentradas de una orilla a otra del Mediterráneo que merece reconsiderarse con atención. Concretamente, no pocas heroínas son, como veremos, protagonistas epónimas de dramas que han llegado a nuestros días y dramas perdidos. Por no hablar del arte, claro. La escultura, la pintura, la cerámica, el arte del mosaico o la joyería se inspiran en los temas, los personajes y las ambientaciones de todas esas historias. Un recorrido que se renueva con el paso de los siglos y nunca deja de asombrarnos. La logografía y la historiografía, a partir de las formas más antiguas del siglo VI a. C. (*syggraphe*) y hasta la época romana, así como la mitografía, tampoco renuncian a narrar y proclamar el comportamiento de estas extraordinarias protagonistas.

El hecho de que un historiador como Heródoto encabece sus *Historias* con las peripecias de Io, Europa, Medea y Helena, que recorren el Mediterráneo durante una sucesión de raptos, determinando el surgimiento de un conflicto sin igual —las guerras médicas—,¹² se traduce en que, en el imaginario colectivo griego, estas heroínas «errantes» desempeñaran un papel en cierto modo ligado a las rutas marítimas y los contactos entre países y poblaciones diversos. La indeterminación de las coordenadas temporales y geográficas en que suelen enmarcarse sus viajes en la poesía más antigua, pero también en la *syggraphe*, se inscribe dentro de un procedimiento narrativo que emplea la estructura de lo «impreciso» como punto fuerte de las temáticas amorosas.¹³

Demos ahora un paso adelante. Por lo que respecta, de un modo más específico, a las figuras femeninas mortales —no a las divinidades marinas, que ya hemos mencionado al principio—, estas se subdividen y valoran según dos perspectivas estrechamente ligadas. Con el fin de establecer unas premisas más claras, anticipamos aquí las dos direcciones elegidas y seguidas en este trabajo. En algunos casos, las heroínas se considerarán personajes míticos insertos en una dimensión indirectamente religiosa y cultural, difundida en la región helénica y las zonas mediterráneas. En otros, estas quedarán vinculadas, a fin de cuentas, a los fenómenos de precolonización y colonización. Así, no resulta extraño ver cómo ambos aspectos se entrelazan una y otra vez, por lo que es complicado distinguirlos.